

da violenta que enciende los colores del rubor, hasta la injuria que provoca la ira. En este sentido los más activos revulsivos están justificados. La multitud reobra por sí misma y abre su entendimiento a la luz de ideas y de sentimientos ausentes o dormidos antes. *Enrostrar* duramente las cosas mismas, salvando al hombre, es, no obstante, el único camino del juicio y de la reflexión.

Cuando rebasamos el respeto al hombre, ya no laboramos por su elevación; lo deprimimos, insultándolo y vejándolo. Y he ahí precisamente lo que suele hacerse traduciendo malamente la necesidad de sacudir duro y sin disimulos a la masa estulta.

Es un juicio irracional muy corriente. Parece como si con injurias, con fuertes agravios, con violentos apóstrofes se llevara a la razón vecina el menor destello de luz. En esta labor revulsiva, las reflexiones, los razonamientos huelgan. Las palabras gruesas lo son todo. ¡Funesta equivocación que pone abismos entre nosotros!

Porque, en fin de cuentas, el ignorante, el sometido no es el culpable, puesto que por voluntad propia ni permanece ignorante ni está sometido. Es la dura existencia, es el bagaje hereditario, es la falta de educación y de enseñanza desde los primeros pasos en la vida lo que le tiene reducido. Es el poder capitalista y el poder autoritario, gravitando pesadamente sobre él, lo que le tiene en la cobardía. Incitarle al análisis, empujarle a la rebeldía, no es lo mismo que insultarle, insultándonos.

¿Quién de los que más griten estará sin mácula? Nos juzgamos rebeldes y en cada minuto de la existencia nos negamos tres veces. No se vive sin someterse. Es demasiado poco un hombre solo ante la enorme pesadumbre del mundo en que vivimos. Y para recorrer el áspero sendero de la re-

dención humana, es preciso sentirse apoyados hasta en nuestra propia debilidad.

No podemos hacernos la ilusión de emancipados. No podemos pensarnos realmente rebeldes, rebeldes de hecho, en medio de todas las sumisiones a cuyo sólo precio se puede vivir hoy. ¿Tenemos la percepción de la rebeldía, de la libertad, de un gran ideal de justicia? Pues llevémosla por la razón y hasta por la pasión a nuestros hermanos. Que la rabia de la impotencia no nos arrastre al menosprecio y a la injuria. Y si de tanto en tanto se hace necesario el aldabonazo que despierta a los dormidos, el recio apóstrofe que obliga a erguirse a los sumisos, pongamos inmediatamente la razón de nuestros llamamientos, de nuestras duras palabras. Mover un brazo en actitud amenazadora es mucho más fácil que dar la razón de la amenaza.

Maltratar a los que no están a nuestro lado equivale a maltratarnos a nosotros mismos. Pensemos siempre que éramos como ellos mismos la víspera del día en que hablamos, del día en que fuimos convencidos por lecturas, por conversaciones o por meditaciones propias.

¡Enrostrar la multitud estulta! Hay muchas cosas dignas de ser enrostradas. Nosotros mismos no podríamos alzar el grito muy alto sin que tal vez la multitud pudiera devolvernos golpe por golpe.

¿Hay muchas cosas dignas de ser enrostradas fuera y dentro de nosotros? Pues duro con ellas. Pero que la razón vaya detrás presurosa, solícita, con amor intenso, inundando de luz las cavernas tenebrosas donde han echado profundas raíces todas las servidumbres históricas.

La sin razón de los que maltratan sólo tiene una disculpa: que ellos mismos no tienen mejores argumentos.

R. MELLA

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.